

cerca del emperador. Pero respecto á aquella influencia se exagera mucho. Guillermo se considera, en suma, de una esencia demasiado superior para dejarse guiar fácilmente por alguien que no sea de estirpe real, y, excepción hecha del archiduque Rodolfo de Austria, no ha tenido ningún amigo íntimo de su alcurnia.



CAPITULO XIII

La camarilla del emperador. - Guillermo II y el canciller de hierro. - Los consejeros del kaiser. - El conde de Euleuburg. - Su influencia. - Sus víctimas. - Los Bismarck. - Campaña de la emperatriz y de la condesa de Waldersée contra el gran canciller. - Causas de la caída de éste. - Visita del zar Alejandro á Guillermo II. - Proyecto de boda entre el zarevitch y la princesa Margarita de Prusia. - Cacería imperial. - Fin de la privanza del conde Herberto de Bismarck. - Su sucesor, el conde de Liebenau. - Causa de su distinción. - Otros favoritos de Guillermo. - El exjesuita conde Henbrich. - Un diplomático de vida escandalosa. - El general Plessen. - El «Cabo Guillotina». - El cuarto militar del kaiser. - Su rivalidad con el ministerio de la Guerra. - Desafueros del «Cabo Guillotina». - Un ministro recalcitrante.

Á fines de enero de 1894, cuando Gullermo iba á completar su reconciliación con Bismarck, reconciliación empezada por el histórico telegrama de Guns (1) inspirado por el emperador Francisco José, anunció un día á la Corte que el excanciller, que había tenido la influencia, se hallaba restablecido.

—Enviaré Kiderlen á Friedvichsrue mañana á feli-

(1) Á fines de 1893, el príncipe de Bismarck estuvo gravemente enfermo de una inflamación bronquial en Kissingen, y el 20 de septiembre Guillermo le telegrafió, haciéndole protestas de simpatía y ofreciéndole uno de sus castillos para su convalecencia.

citarle de mi parte con la tradicional botella de Steinberg Cabinet, añadió el kaiser.

—¡Por el amor de Dios!—exclamó el duque Johann Albrecht de Meklemburgo,—enviad más bien un lacayo y no á Kiderlen.

—¿Y qué objeción tiene que hacer Vuestra Alteza al envío de Kiderlen?—preguntó el emperador, evitando el tuteo familiar, lo cual era indicio de mal humor.

—¿Qué objeción?—replicó Su Alteza.—Ninguna personal, pues no abrigo la menor animosidad contra vuestro consejero. Sin embargo debo confesaros que, durante la última visita que hice al viejo canciller, hablóse en su presencia del rumor que circulaba acerca del nombramiento de Kiderlen como ministro en Hamburgo.

—Al preguntarle alguien si conocía á éste y cuál era su opinión respecto á él, contestó: «Sí, es un diablo de hombre cuya compañía es buena, á lo sumo, para la caza del ciervo. Pero, después de la comida, cuando se pasa al salón, ya está de más.

El emperador puso mal ceño y nadie se atrevió á sonreirse.

—Gracias por la noticia,—dijo,—pero, tened entendido que no necesito consejos ni para la elección de mis ministros, ni para la de mis mensajeros.

Á la mañana siguiente, Guillermo mandó llamar á Kiderlen y le propuso su ida á Friedrichsruhe. Pero el consejero, que había sabido la conversación de la víspera y no tenía ganas de ser maltratado por Bismarck, se excusó diciendo que estaba enfermo, y el soberano mandó al conde de Moltke en su lugar.

Esta anécdota prueba hasta qué punto el valor y el

mérito de las personas elegidas por Guillermo para los cargos públicos son contestados hasta en su círculo íntimo; lo cual no es de extrañar; porque el kaiser, con sobrada frecuencia, dispensa su favor á hombres que valen muy poco.

—Es deplorable, decía la emperatriz viuda de Federico III, después que el conde de Waldersee hubo salido de Berlín en 1891, es deplorable que mi hijo no se rodee sino de medianías.

Lo peor es que Guillermo confiera á esas medianías los más altos empleos. Lo único que le importa es que los personajes le gusten por una razón ó por otra, razón con frecuencia fútil.

El conde de Eulenburg fué nombrado embajador en Viena, porque siempre supo tener fielmente al emperador al corriente de todas las habladurías de Berlín y de la Europa entera.

Cuando Su Majestad contaba en la mesa alguna historia divertida sobre tal ó cual miembro de la sociedad y de la corte ó sobre algunos personajes extranjeros, todo el mundo decía: «Ha llegado el correo de Viena.» Hubo un momento en que el conde tenía tal influencia que hacía y deshacía á los embajadores. Por indicación suya, Radovitz fué enviado de Constantinopla á Madrid. La destitución del barón von Stumm, la revocación de Schœlzer, ministro en el Vaticano; la dimisión obligada del general Schwenutz, que hubo de abandonar la embajada de Rusia, le son igualmente imputables.

Todas esas combinaciones, por no decir trastornos, en el cuerpo diplomático, fueron discutidas y resueltas en diferentes cacerías ó durante los cruceros anuales del emperador por el Norte.

Durante una ausencia del soberano en Inglaterra, Eulenburg ejerció una activa vigilancia sobre el cuerpo diplomático y, al regreso de Su Majestad á palacio, le entregó una memoria sobre los personajes sospechosos de simpatías por Bismarck.

—Vuestro primo me entera de que Stumm y el antiguo canciller son uña y carne,—dijo Guillermo á su nuevo ministro del interior Botho Eulenburg.

Y añadió después:

—Ese Stumm parece ignorar la publicación de los *Reichsanzeiger* (1) y Phili, Kiderlen y Holstein dicen que no es el único.

Á los pocos días, el ministro Stumm era destituido.

La verdadera causa de la caída en desgracia de Schœlzer y Radovitz, fué lo mucho que valían estos dos diplomáticos, quienes, por esta razón, hacían sombra á Eulenburg, que importunó al emperador hasta que los hubo sacrificado.

Para conseguirlo apeló á todos los medios imaginables, y principalmente al más seguro, que era evidenciar la amistad de aquellos hombres con el canciller de hierro. El nombre de Bismarck despertaba profundos odios en el corazón de la familia imperial.

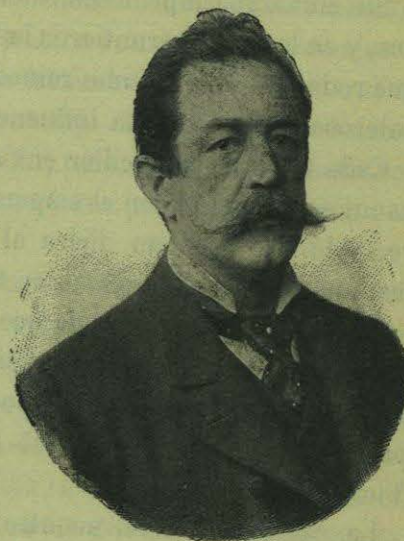
Augusta Victoria no perdonó jamás al conde Herberto de Bismarck el haber sido, durante algún tiempo, el gran compañero de placer de su marido, cuando éste aún no era más que Alteza Imperial.

Fueron tristes días para la joven princesa, reducida á la situación de simple Holstein, buena á lo sumo para

(1) El emperador se refería á dos rescriptos publicados el 7 de julio de 1892, concernientes á la actitud que los ministros alemanes y prusianos tenían que guardar con Bismarck.

llenar las cunas reales. ¡Qué de crueles decepciones! Le había dicho repetidas veces que una Alteza Real no debía aspirar á poseer exclusivamente á su esposo, y se resignaba á esa ley inexorable. Sin embargo estimaba que la tal ley tenía sus límites.

Como las damas de honor de su confianza temían que hablase mal del conde Herberto delante de su marido ó delante del viejo emperador que lo tenía en grande estima, procuraban calmarla diciéndole que el hijo del canciller no era tan malo como algunos creían, sino que, por el contrario, reunía grandes cualidades.



Herberto de Bismarck

—Sí, sí, interrumpió un día Augusta Victoria, ya lo sé, harto me lo han repetido. Pero el caso es que tres mujeres le deben su desgracia: esa persona de Bonn, que fué causa del duelo, la pobre princesa Carolath y yo...

Advertida la madre de Guillermo de la aversión profunda que su nuera abrigaba contra Herberto de Bismarck, dijo á una de las damas de honor de la princesa de Holstein:

—Mi esposo y yo estamos enterados de la mala influencia de ese Herberto sobre nuestro hijo. Pero las

cosas cambiarán radicalmente dentro de algunos años.

Entonces el viejo emperador iba á cumplir los noventa, y, aunque ya se habían manifestado los primeros síntomas de la terrible enfermedad del príncipe heredero, nadie podía prever un fin tan terrible y tan rápido como el que estaba destinado al pobre Federico.

Sin embargo, la princesa Victoria cumplió su palabra, y en lo que le permitieron las tristes circunstancias que rodearon el brevísimo reinado de su marido, luchó valerosamente contra la influencia de Bismarck.

Cada vez que el canciller enviaba su hijo á tratar de asuntos de Estado con el emperador Federico, ó no era recibido ó le rogaban dijera al canciller que Su Majestad quería conferenciar con Su Gracia en persona.

La caída de Bismarck, de que más adelante hablaremos, es un hecho histórico sobre el cual se han escrito numerosas páginas; pero pocas personas saben la parte decisiva que en él tuvo la emperatriz Augusta Victoria.

La causa inicial del acontecimiento fué el odio de esta princesa contra el hijo del canciller.

Consiguió, desde luego, hacer borrar el nombre del conde Herberto de la lista de convidados que debían acompañar al emperador en uno de sus cruceros por el mar del Norte. En su lugar hizo inscribir á su tío el conde de Waldersee, que combatió rigurosamente, durante el viaje, la influencia del canciller de hierro.

Sin embargo, el conde Herberto fué invitado á acompañar al emperador á Inglaterra y á Oriente.

Decíase en la corte que el conde pretendía saber el medio de hacer abrir al emperador el harem del Sultán.

Ignoramos si el conde Herberto osó emitir tan insen-

sata pretensión, pero la emperatriz dió crédito á lo que se contaba y lo hizo creer á la condesa de Waldersee. Esta señora, que era muy religiosa, se indignó contra el favorito, aumentando aún más el odio que sentía por los Bismarck.

Las dos mujeres empezaron á minar el terreno del hombre odiado, ora aludiendo á la desmedida ambición del gran canciller, que trataba de erigirse un trono junto al de Su Majestad; ora tratando al conde Herberto de príncipe coronado, digno hijo de su padre por la ambición; profiriendo, en fin, toda clase de insinuaciones que causaban, poco á poco, una profunda impresión en el espíritu del kaiser.

Á los ojos de Guillermo II, el viejo canciller era culpable de dos grandes faltas: poseía una popularidad más grande que la del emperador, y no quería contentarse con la parte que le proponían en el gobierno.

Hacia tiempo que el kaiser estaba cansado de la conducta del canciller y había resuelto desprenderse de él, anunciando ya en octubre de 1889, confidencialmente, al zar Alejandro el acontecimiento que se realizó en marzo de 1890.

El emperador de Rusia había sido el último de los grandes soberanos en visitar á Guillermo II, y mostróse ceremonioso y frío. Tal actitud alegró á la emperatriz, que dijo á una de sus confidentes:

—¡Gracias á Dios!, si el mal humor del zar continúa, no volverá á hablarse de esa boda.

Augusta Victoria aludía al proyecto de matrimonio entre el zarevitch y su cuñada, la princesa Margarita de Prusia.

El mal humor de Alejandro no continuó. Desapare-

ció, por el contrario, después de una larga conversación que tuvo con el príncipe de Bismarck, y que irritó mucho á Guillermo.

—¡Ese Bismarck—dijo éste,—quiere asumir siempre las funciones de su soberano!

Queriendo, por su parte, hablar á solas con el zar, organizó una cacería en el bosque real de Eberswalde, y durante la conversación que allí tuvo con el emperador de Rusia, se volvió á tratar de aquel proyecto de boda. La negociación parecía tomar buen sesgo. Puesto en el terreno de las confidencias, el kaiser anunció bruscamente al zar que tenía la intención de desprenderse del canciller de hierro.

Semejante determinación sorprendió mucho á Alejandro, que la consideraba capaz de ocasionar graves complicaciones. Así es que, durante los últimos días de su visita, volvió á mostrarse muy frío y ya no contestó más que con evasivas á las nuevas insinuaciones del kaiser sobre el casamiento de su hermana con el heredero del trono de Rusia.

Sin embargo, Guillermo no pensó desprenderse en seguida de su antiguo amigo, el conde Herberto.

—¿Qué vais á hacer?—preguntó al secretario de Estado.

—Seguir á mi padre—contestó dignamente Herberto.

Después del conde de Bismarck, el segundo favorito del kaiser fué el conde de Liebenau; pero éste no llegó á tener nunca con Guillermo la intimidad de su antecesor.

Después de su casamiento, el príncipe había tomado por mayordomo á Liebenau que le organizó su casa con gran decoro, y al mismo tiempo con mucha economía

En aquella época, Guillermo no tenía más que cincuenta mil marcos anuales de renta, ingreso muy escaso para sus pretensiones y las de su amigo. Pero el futuro intendente de la casa imperial pertenecía á una familia acostumbrada á vivir en una dorada miseria, y



Alejandro III, emperador de Rusia

supo rodear á sus amos de exterioridades muy decentes con poco gasto.

Cuando Guillermo, á la muerte de su abuelo, pasó á ser príncipe imperial, Liebenau continuó al frente de la casa, que adquirió más amplitud. Al subir al trono tres días después, le dejó algún tiempo en la ansiedad, antes de conferirle el título de mayordomo mayor de palacio.

Desde aquel momento, Liebenau hizo ver á todo el personal de la real casa que él era el verdadero lugar-

teniente del emperador, investido de un poder absoluto, cuyas decisiones eran inapelables. Para todos los asuntos interiores de su casa, Guillermo no escuchaba á nadie más que á él.

Bajo el régimen implantado por Liebenau, verdadero régimen de cuartel, los dignatarios de palacio, hombres y mujeres, pasaron por duras pruebas. En cuanto á los criados, vivían siempre bajo la amenaza de castigos corporales.

Un día, en febrero de 1890, el general von Wittich, entonces gobernador del cuartel general del rey, perdida ya la paciencia, tiró el guante á Liebenau diciéndole:

—Si no estuviérais tan por debajo de mí, os abofetearía.

Von Wittich dió inmediatamente cuenta de lo ocurrido á Su Majestad, que no quiso separarse del general y llamó á Liebenau para decirle:

—Como pienso que vuestro espíritu pendenciero es la consecuencia de una gran fatiga causada por un trabajo excesivo, os doy, desde esta noche, una licencia de seis semanas.

Después de lo cual, el emperador le volvió la espalda y se alejó.

«Liebenau ha caído en desgracia. ¡Radolin va á sucederle!»

Esta noticia cundió rápidamente por palacio, comentada con igual calor en los salones que en las cocinas.

Las criadas daban la enhorabuena á las damas de honor, y los ayudantes de campo del kaiser felicitaban á los lacayos. Pero al cabo de las seis semanas de licencia, la desilusión fué amarga para todos, pues Lie-

benau volvió á privar en su puesto con más arrogancia y más poder que nunca, y empezó á economizar con más celo que antes, á fin de constituir un fondo destinado á pagar los viajes, las construcciones y las diversiones de Guillermo.

Desgraciadamente para el mayordomo favorito, la Roca Tarpeya estaba cerca del Capitolio, y un incidente le derribó del poder, en el momento que más triunfante parecía.

Á mediados de mayo de 1890, los habitantes de Elbing, ciudad situada en la Prusia occidental, noticiosos de que el

emperador iba á hacer una visita al conde de Dohna en el vecino pueblo de Proeckelwitz, notificaron á la mayordomía de palacio su intención de festejar al soberano, á su paso por Elbing. Suponen las crónicas que Liebenau pensó al leer la petición:

—¡Elbing! ¿No es en Elbing donde hay grandes astilleros de construcciones navales? Esos ciudadanos deben ser todos más ó menos socialistas.



El general Wittich, gobernador del cuartel general del rey

Y tiró la comunicación al cesto sin dar cuenta á nadie.

No recibiendo contestación, los habitantes de Elbing tomaron la llamada por respuesta y empezaron con admirable celo los preparativos de su recepción.

El 27 de mayo, á cosa de las cinco de la tarde, el tren imperial fué señalado en Elbing. Grande emoción en los habitantes, repique de campanas, afluencia de gente á la estación, aclamaciones, pañuelos y sombreros que se agitan... Pero, qué cólera, qué estupefacción, qué despecho el de aquella muchedumbre al ver que el tren imperial pasaba de largo, á toda máquina, como un rayo, sin disminuir siquiera su velocidad.

Aún resonaban las últimas notas del himno nacional y ya el tren había desaparecido en medio de una nube de polvo y humo.

Guillermo II se hallaba de pie á la portezuela de su coche al atravesar la estación de Elbing, y vió todos los preparativos de la recepción.

—Debe ser la fiesta del país,—dijo á uno de sus ayudantes de campo.

—Dispense Vuestra Majestad,—replicó el oficial;—todos esos preparativos parecían más bien una manifestación en honor suyo.

—Me parece haber visto un arco de triunfo con las iniciales de Vuestra Majestad—añadió otro ayudante.

Al llegar á Prœckelwitz, el emperador preguntó al conde Dohna por qué estaba Elbing de fiesta.

—¡Cómo!—exclamó el conde;—¿no se ha detenido Vuestra Majestad á recibir los homenajes de esos excelentes obreros?

—No; nadie me había prevenido.

—Es extraño,—replicó Dohna,—pues me consta que se envió anticipadamente una notificación á la mayor-domía de palacio. Los preparativos que habéis visto empezaron ya hace quince días.

Guillermo II se mostró furioso por el contratiempo, pues nadie hay tan ávido de ovaciones populares como él. Inmediatamente expidió un telegrama conminatorio á Berlín pidiendo explicaciones. Al mismo tiempo, envió al municipio de Elbing un mensaje explicando el error involuntario cometido y anunciando que tendría el gusto de detenerse en esta ciudad á su regreso.

Era ya avanzada la noche cuando el kaiser recibió la contestación de Liebenau, llena de excusas triviales, acusando de negligencia á algún oscuro escribiente.

Á su lectura, Guillermo promovió una tempestad de indignación contra su autor. El conde Dohna, que nunca había tenido simpatías para Liebenau, ayudó á la carga.

Dos días después, Herr von Liebenau, irreprochablemente vestido, con su monóculo ante el ojo izquierdo y el inevitable sombrero de copa en la mano, esperaba risueño al emperador, á su regreso de Prœckelwitz, en la sala imperial de espera de la estación berlinesa de Friedrichstrasse.

Al apearse del tren, Guillermo se dirigió á su mayor domo mayor y le dijo:

—Herr von Liebenau, eso de Elbing me abrió los ojos sobre vuestro carácter y me dió la medida de vuestra capacidad. Sabed que á mi lado no necesito de nadie que indisponga á mis súbditos contra mí. Quedáis despedido.

Dicho esto, Guillermo II se alejó bruscamente, segui-

do de sus ayudantes, mientras Liebenau decía con mal contenida cólera á una de las damas de honor de la emperatriz que casualmente se encontraba á su lado:

—¡Echado como un carretero!..

Cuando el último de los oficiales de la comitiva de Su Majestad hubo desaparecido en medio de un ruidoso traqueteo de sables y espuelas, Liebenau subió á su magnífico coche y fué á prevenir al maestro de ceremonias que él no dirigiría los preparativos de la gran comida oficial, dispuesta para las cinco de aquella misma tarde.

Pasado el primer momento de cólera, Guillermo tuvo compasión de Liebenau, cuyas debilidades y errores, al fin y al cabo, no eran más que la imagen de los suyos, y si bien no revocó su despedida, la suavizó decidiendo que su exmayordomo conservaría su sueldo de treinta mil marcos anuales.

Esta vez, la munificencia del kaiser recaía, después de todo, en un hombre honrado que le había servido fielmente, evitando despilfarros y filtraciones en la administración de la casa real.

Desgraciadamente, no siempre dispensó Guillermo II su afecto y protección á hombres tan honrados como Liebenau, sino que, á veces, mostró un apego tan súbito como singular á individuos de una moralidad muy dudosa, cosa que sólo se explica por su propia superficialidad. Á menudo juzga á las personas por sus apariencias.

Cuando el exjesuíta, conde Henbrich, empezaba á inundar la baja prensa israelita con sus diatribas contra la religión que acababa de abandonar, Guillermo II lo llamó á la corte y lo presentó á la emperatriz. Entusiasmóse con él, al extremo de considerarlo como un segundo Lutero, y propuso invitar á su mujer á Palacio.

Tal escándalo evitóse porque Augusta Victoria protestó con una energía tan rara en ella, que asombró á todo el mundo y principalmente al emperador.

Otra vez, Guillermo se hizo gran amigo del conde X..., encargado de negocios de una gran potencia en ausencia del embajador.

En la corte nadie ignoraba el género de vida de este diplomático, mujeriego, jugador y borracho. Su deudas y sus extravagancias eran la fábula de toda la población. Pero Guillermo no quiso ver en él sino al caballero elegante y simpático, descendiente de una noble familia, y el conde X... no tardó en ser uno de los favoritos de palacio, donde los cortesanos, haciendo coro con el monarca, ponderaban su ingenio, sus ocurrencias y sus caballos.

Á lo mejor, un telegrama, procedente de una gran capital, puso bruscamente fin á tan singular adulación, con la estupenda noticia de que el conde había huído, después de haber estafado diez mil francos á la caja de un círculo de la capital y quince mil á la mesa de juego.

El general Hahnke, jefe del gabinete militar y ayudante de campo general, es el verdadero soldado prusiano de gran parada. Muy adicto y fiel al emperador, que le elevó á la situación más importante de la corte, es cordialmente aborrecido por los oficiales que poseen, al mismo tiempo que su categoría y posición en el ejército, aptitudes superiores. Bajo la dirección del «cabo Guillotina,» como le llaman, el cuarto militar ha venido á ser una institución rival del ministerio de la Guerra, interviniendo en todo lo relativo á nombramientos y permutas del personal.

Las observaciones que hace Guillermo, entre dientes,

al escuchar la lectura de los informes, son escrupulosamente anotadas por Hahnke y sirven de norma para los nombramientos, destituciones y traslados que éste pone, generalmente, á la firma del emperador en el momento de partir para alguna cacería ú otra expedición; momento en que lleva prisa y firma cualquier cosa. El terrible «cabo Guillotina» ha sabido herir hasta á los miembros de la familia imperial, poniendo á los cuñados de Guillermo, el duque de Schleswig, entonces capitán del estado mayor general, y al príncipe heredero de Meiningen, que mandaba el regimiento del zar Alejandro, en el caso de tener que presentar su dimisión.

Tres generales de capacidad notoria, pero amigos de Bismarck, von Schlichting, von Blume y von Spitz fueron también víctimas del terrible jefe del cuarto militar.

En cambio, el general Müller, primo de Hahnke, que en la maniobras de 1893 se había mostrado inepto, al extremo de que su comandante de cuerpo pidió su destitución de brigadier de la Guardia, fué agraciado con el cargo de inspector de los batallones de Schuetzen y Jæger, con aumento de sueldo; y el general von Schlemitz, cuñado de Hahnke, que se había dejado tomar su brigada á la vista del emperador en las maniobras sobre el Rhin, fué nombrado gobernador de Altona, cuando todo el mundo esperaba su destitución.

Para obtener este gobierno en favor de su cuñado, Hahnke desplegó mucha astucia.

Dos diputados de oposición, Richter y Bebel, habían presentado varias mociones al Reichstag para la abolición del puesto de comandante de la ciudad abierta de Altona, puesto que, en realidad, no era más que una prebenda inútil. Á petición de ellos, el ministro de la

Guerra había eliminado dicha comandancia de la lista de los empleos á proveer, teniendo que retirarse el comandante. Cuando Hahnke presentó á la firma imperial el nombramiento de su cuñado, Guillermo preguntó qué significaba aquello, y el jefe del cuarto militar contestó que no había de poderse decir que se cedía por miedo á la oposición parlamentaria, y que, por consiguiente, era necesario proveer cuanto antes la plaza de Altona de un gobernador militar.

El soberano, muy ocupado entonces por la próxima llegada del príncipe de Nápoles, no pidió más explicaciones y firmó el nombramiento. Pero, en la primavera siguiente, el Reichstag negóse á aprobar el capítulo de gastos, relativo al gobierno militar de Altona, y hubo, sobre este asunto, un vivo debate parlamentario, durante el cual, Guillermo y von Hahnke, fueron vivamente atacados.

El ministro de la Guerra, Bronsart de Schllendorff, gracias á un osado y elocuente discurso, salvó la situación, y Schlemitz se quedó de gobernador de Altona.

Era de esperar que el jefe del cuarto militar guardaría eterna gratitud á Bronsart por tan señalado servicio; pero no sucedió así.

Al año siguiente, el emperador, cansado de su ministro de la Guerra, hizo que von Hahnke provocase la retirada de aquel alto funcionario encargándole que propusiese el nuevo código militar, que Bronsart combatía á todo trance y, naturalmente, «el cabo Guillotina,» dispuesto siempre á complacer á su amo, no hizo objeción alguna á ese plan maquiavélico. Pero, á pesar de todos los manejos, Bronsart nunca quiso presentar su dimisión, ni librar la batalla en favor del código militar.

Finalmente, en 1896, se encontró un medio de obtener la retirada del ministro recalcitrante. Hahnke persuadió al emperador que obligase á Bronsart á pedir que se fortificasen varias ciudades de la frontera de Rusia, y que ciertas sumas destinadas á usos determinados se empleasen en sostener una guarnición permanente en el Palacio Nuevo ya que la cantidad consignada para la guardia de este palacio no permitía conservar el batallón de Lehr y Wehr más de seis meses.

Como era de esperar, Bronsart negóse terminantemente á asumir la responsabilidad de estas dos proposiciones, y entonces la cólera de Guillermo se manifestó con violencia.

—¿Y si yo os ordeno—le dijo el kaiser en presencia de Hahnke,—que sostengáis ambos proyectos?

—Las órdenes de Vuestra Majestad—contestó el ministro,—nunca me harán olvidar que hice al Reichstag la promesa de oponerme á las peticiones frívolas é inútiles.

—¡Ah! ¡ah!—replicó el emperador en tono zumbón, —¡lo tomáis así! Es posible que el ministro de la Guerra tenga iguales intenciones para con Su Majestad. Pero sabed, caballero, que eso no me agrada.

En vez de contestar, Bronsart se inclinó y mirando de frente al emperador, le dijo:

—No tengo ya nada más que comunicar á Vuestra Majestad, y estoy seguro de que tarde ó temprano reconocerá que he cumplido con mi deber.

Y añadió volviéndose hacia Hahnke:

Mi cartera está á la disposición de Vucencia.



CAPITULO XIV

Guillermo II, músico, poeta y pintor. — El *Himno á Egir*. — La princesa Carlota y el ayudante Moltke. — Colaboradores de Guillermo II. — Distracciones imperiales. — El festival Menzel. — El kaiser, actor y director de escena. — Guillermo II, casamentero.

Cuando Guillermo II no se distrae con sus viajes, con sus excursiones ó con sus cacerías, necesita emplear en otra cosa su actividad; y entonces es cuando se le ocurre componer música, preparar discursos, hacer versos ó pintar cuadros.

Con el *himno á Egir* pensó conquistar en el mundo una gran reputación musical.

En Berlín, los que conocían de cerca las aptitudes del emperador se preguntaron durante mucho tiempo quién había podido componer el famoso himno, cuando alguna crónica levantó una punta del velo misterioso.

Cuentan que, un día, la princesa Carlota de Meinin-